

En duelo con el Aikidô



Kenshinkan dôjô 2017

La primera vez que leí acerca de Minoru Mochizuki Sensei fue en un libro de Budô que compré siendo aún muy joven, a mediados de los años setenta. En aquel memorable trabajo se ponían de manifiesto algunas de las Artes Marciales tradicionales que componen el viejo Bujutsu de Japón, entre ellas: Ninjutsu, Hojutsu, Yabusamejutsu. Además, se abordaban las biografías de algunos insignes maestros de las legendarias Artes Marciales.

Ya entonces, Mochizuki Sensei aparecía en aquella publicación como la personificación del auténtico budoka, un eslabón entre los tiempos antiguos y la modernidad, un enlace con la verdadera tradición del Budô pues, no en vano, había estudiado con Morihei Ueshiba, Jigoro Kano y Gichin Funakoshi. Además, Minoru Mochizuki era un ejemplo de sogobujutsuka –budoka integral- y poseía un récord difícilmente igualable por otros maestros: un total de más de cincuenta grados *dan* en muy distintas disciplinas.

No es de extrañar, pues, que Tamura Sensei, aquel otro gran maestro de Aikido, entrara en depresión cuando el veterano budoka de Shizuoka le espetara: *“Eso que hacéis no es Aikidô”*.

Tamura Sensei, *uchi deshi* de Morihei Ueshiba, uke por antonomasia en los ya clásicos vídeos de los años cincuenta y sesenta en los que se observa al Fundador del Aikidô en plena acción, no podía sino tomar muy en consideración aquella sentencia, pues provenía de alguien con mucho peso específico, un maestro que sabía, realmente, cuál había sido la gestación y el desarrollo de ese Arte que él tanto amaba.

Una vez fallecidos los viejos maestros de Aikidô que estudiaron directamente con O Sensei en los años treinta y cuarenta –Tomiki, Shioda, Mochizuki, Sugino, Shirata, Kisshomaru, Saito o Tohei, entre otros- el Arte del Aikidô continuó su transformación, encontrando nuevos caminos de expresión que han ido desde el modelo más estandarizado, hasta otros, presumiblemente más tradicionalistas; desde aquellos que se muestran espiritualistas, a los que ponen el acento en postulados energéticos; existiendo muchas más variables, que no registro por tratar de acotar de algún modo la gran deriva que el arte de Morihei ha tomado desde su fallecimiento, en el mes de Abril del año 1969, hasta nuestros días.

Independientemente del nivel técnico que pudieran mostrar los viejos aikidokas en las filmaciones de las que disponemos, una cosa es bien cierta: en el trabajo que realizan se muestran serios, exigentes, disciplinados y rigurosos.

Esa forma de interpretar el Aikidô, tomando como núcleo tanto el rigor técnico y la autodisciplina como el contenido moral y espiritual, me ha parecido siempre digna de elogio, admiración y respeto.

En esos viejos vestigios de los pioneros del primer Aikidô apreciamos el bagaje íntegro de este Arte Marcial:

Tai jutsu –kion waza y ki no nagare waza-, kiai jutsu, kumi tachi, kumi jo, tachi dori, jo dori, tanto dori, Atemijutsu, makiwara, kaeshi waza, jiyu waza y, además: chinkon kishin -furutama, funakogiundo- kototama, shugyo, etc.

¿A dónde ha ido a parar, en nuestros días, todo ese contenido curricular?

¿Por qué, en tantas ocasiones, la práctica del Aikidô ha cristalizado en un arte con nula o escasa exigencia del cuerpo, acomodado en una irrealidad más que evidente, aderezado con una pseudo-espiritualidad, capaz de esconder una profunda debilidad y una, más que notoria, aversión al rigor de la disciplina...?

¿Por qué el miedo a esa noble exigencia física que demanda un verdadero Budô...?

¿Acaso la práctica austera anula la sensibilidad, cierra puertas a la armonía, rompe con la fraternidad...?

En mi modesta opinión, gran parte de las nuevas formas de interpretación de Aikidô responden a otros factores, entre ellos: la pérdida del sentido vital de hombres y mujeres que encuentran en su filosofía un punto de encuentro y realización personal, la fascinación por lo esotérico, la necesidad del encuentro con lo que es, presumiblemente, sagrado, el puro ocio y divertimento, la mitomanía que persigue a la figura del fundador, etc.

Me venía a la memoria un gasshuku de Aikidô y Katori Shintô ryû con Michel Coquet Sensei en Grenoble, Francia. Michel, alumno de Minoru Mochizuki en el Yoseikan de Shizuoka durante cinco años, nos ofreció una clase rigurosa, contundente y tremendamente práctica donde, además de exponer su más que amplia visión de la filosofía del Aikidô, tuvo a bien conducir el keikô de manera diligente y, físicamente, extenuante. Él, un exponente sincero del contenido espiritual del Budô era, al mismo tiempo, un budoka aguerrido, curtido y determinante.

Esto ocurrió hace veinticinco años. Ahora, en mi opinión, el Aikidô continúa su transformación, abriendo espacios donde se avivan nobles principios y unas aspiraciones más que loables, pero que resultan ser más cercanos al desarrollo personal que a la práctica de un Arte Marcial clásico.

Como me ocurriera en aquel dôjô ejemplar, al que llegue temprano cargado de buenos propósitos, entre los que estaba, desde luego, compartir una jornada de riguroso Aikidô.

Desde la sinceridad, me abrí al diálogo con mis anfitriones, exponiendo mis pareceres y tratando de ser valiente escuchando otros ajenos.

Sí, aprobaba, como no podía ser de otra manera, que *chinkon kishin* era uno de los componentes que Morihei Ueshiba había introducido en Aikidô como resultado, quizá, de su paso por *Omoto Kyo*, y siendo consecuente practiqué diligentemente los movimientos que se propusieron.

También asumí con interés la práctica del *Kototama*, un trabajo que exigía, además de un control muscular y respiratorio, un acto de fe. Me dirigí hacia él, dejando que mi caja de resonancia ejerciera como tal, energizara mi cuerpo, dispusiera mi interior hacia el *keiko* e, incluso, abriera mi corazón de par en par, para hacerlo más sensible y receptivo a todo cuanto aconteciera.

El principal escollo vino después, cuando destapamos el trabajo del taijutsu, desenvainamos el sable y tomamos las armas.

Fue entonces cuando aquellas intenciones de comunicación, introspección, determinación y diligencia que había escuchado en la conversación previa se diluyeron del todo. Sí, en aquel tatami no había más que vacío, blandura, carencia de fuerza, ausencia de intención, pusilanimidad y desconexión de la realidad.

Imposible seguir. No pude continuar con el *keiko*, sin abrir antes un debate.

“¿Por qué ha de estar reñida la práctica introspectiva, fraternal y armónica con la intensidad, realidad o determinación...?”. Pregunté.

A mi modo de ver, el manido discurso del Amor se difumina en la atmósfera de un *dôjô* de Aikidô si la práctica no contiene, además: intensidad, concentración y voluntad.

Había marchado lejos para practicar un Budô, que se decía a sí mismo tradicionalista, pero, más allá de recibir sonrisas y abrazos, advertir lágrimas de emoción y relajación entre los participantes, y escuchar palabras teñidas de buenas intenciones, no encontré eso que, en mi opinión, ha de ser imperativo, necesario y obligatorio: Autenticidad.

Recuerdo una ocasión, tremendamente frustrante para mí, que acaeció en el transcurso de un *Enbu Taikai* organizado en una Ciudad de mi Comunidad Autónoma.

Habíamos sido invitados a demostrar Katori Shintô ryû y Karate Tradicional en un acto que reuniría a varios *dôjôs* procedentes de distintas ciudades de Badajoz y Cáceres. Preparamos nuestro trabajo con ahínco, para poder exponer honestamente una forma de Bujutsu Clásico –Katori Shintô ryû- y un Budô con raíces centenarias –Karate tradicional.

Me tocó coger el micrófono y explicar el contenido de ambas formas de Arte, defendiendo sus principios -tanto los morales y espirituales como los puramente técnicos.

A viva voz hablé del Arte Marcial como una simbiosis de estos elementos, unos registros que han de conformar un todo y mantenerse indisolubles en la ejecución. Una vez concluí mi exposición, realizamos kata y bunkai.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando, una vez finalizado nuestro trabajo y despejado el estrado, subió al tatami un reconocido maestro de Aikidô, entonces quinto o sexto dan, y tomó el micrófono.

Han pasado más de veinte años desde aquel momento, pero sus primeras palabras aún las guardo en mi recuerdo por ser indicativas de cuanto he escrito y, según creo, resultar premonitorias de la deriva que ha seguido el Aikido en el mundo moderno.

"El Aikidô no es un Arte Marcial", dijo el Sensei invitado.

Después, de forma natural, aquel maestro de Budô habló del concepto de Armonía y de la No-violencia activa en el arte del Aikidô.

Más tarde, sin despeinarse, realizó su trabajo, desplazando, proyectando, evitando o controlando a sus discípulos quienes, fieles y seguidistas, acompañaban aquella danza casi, casi, etérea, que mostraban, abiertamente, a todos los asistentes.

Yo, en aquel mismo instante, intuí que el arte integral que un día fuera el Aikidô comenzaba ya a descomponerse y que, atendiendo a opiniones como aquella, su fin, como un Budô se aproximaba, haciéndolo con una premura mayor, incluso, de lo que en un principio ninguno pudiéramos haber sospechado.

Y fue entonces cuando decidí quedarme varado, al abrigo, sólo, de los viejos modos, cerca de aquellos vetustos, rudos y poco evolucionados movimientos de Aikidô que, sin renunciar a la filosofía, ni a la espiritualidad, a la educación y a la paz, abogan por la implicación física, la disciplina, la noble, pero determinante, intención, una practicidad razonada y razonable, y una autenticidad que será siempre irrenunciable.

Kenshinkan dôjô 2017